

# Custodios del planeta

**Jesús Neira Guzmán**

He escrito más de una vez siguiendo la idea fuerza de la naturaleza como recurso económico imprescindible para el desarrollo de una provincia como Cuenca. Hoy quiero hacerlo de nuevo, siguiendo también el requerimiento de mi buen amigo Joaquín, pero cambiando el punto de vista.

En una civilización netamente urbana como la que alumbró el siglo XX, y que el XXI expandirá y consolidará, quizás sea un privilegio poder vivir en y de la naturaleza. Poder vivir con más autonomía, libertad, autenticidad, salud y bienestar; vivir con menos, pero vivir con mayor plenitud. Y no es tanto volver la vista a las comunidades rurales del pasado, como imaginar las comunidades en la naturaleza del futuro.

Quién sabe incluso si en esas comunidades, en contacto pleno con la naturaleza a la que pertenecemos, al tiempo que con acceso a la información y la cultura, no sea donde surja, ya se ha hecho en parte, el cuestionamiento de un modo de vida que, además de producir seres humanos profundamente insatisfechos e infelices, nos aboca a un colapso por la depredación de los recursos del planeta. No lo sabía: hasta la arena ha pasado a ser también un recurso natural escaso.

El medio natural como el lugar de peregrinación de los urbanitas en busca de la paz y el sosiego, de las sensaciones radicalmente humanas, de la plenitud de la vida que la civilización tecnológica no ha previsto como necesidad humana.

Y no es que toque, que toca, es que también es una evidencia: Masegosa se encuentra en una comarca conquense, tan bien tratada por la mano de la madre naturaleza, como abandonada por la mano del hombre.

Pero mantengamos el nuevo punto de vista: no se trata de ver oportunidades de negocio, que también, se trata de ver a las comunidades rurales del futuro como custodios del patrimonio natural, vigilantes, conscientes, alertas, informados, ocupados y preocupados, activos, beligerantes, guardianes al fin y al cabo del medio natural que es el sustento de la vida.

Entendamos el turismo rural en su sentido más amplio: gastronómico, de salud y bienestar, enológico y de ocio activo, cultural, arqueológico y paleontológico. Abramos la agenda a la agricultura de cercanía y ecológica, de nuevo como oportunidad de negocio, pero también, en el nuevo paradigma, como garantía y custodia de una alimentación saludable y sostenible, una agricultura ajena al despilfarro -90 millones de toneladas de alimentos son las que terminan en la basura-, todos los años ajena a las sustancias químicas, que son inocuas para el ser humano hasta que se demuestra que dejan de serlo, ajena a la especulación que convierte a los productores en esclavos de las grandes multinacionales.

Tendremos que sumar los aprovechamientos forestales, entre los que merece especial mención la biomasa, que empieza a conformarse como apuesta estratégica de Cuenca, con enorme potencial de futuro.

Me gustaría pensar que todo esto es posible en esta provincia, olvidada en los años de mal llamada bonanza, y en primera línea para sufrir los golpes de la crisis, y me resisto a aceptar que el nombre de Cuenca quede identificado con la energía nuclear por culpa de ese cementerio que albergará los peligrosos residuos de la energía que alimenta la sociedad urbana, consumista y ciega frente a las necesidades profundas del ser humano, que entre todos hemos creado, sustentada de modo insostenible en el incremento exponencial de la producción.